



Revista Estudios Socio-Jurídicos

ISSN: 0124-0579

editorial@urosario.edu.co

Universidad del Rosario

Colombia

Varila Cajamarca, Diego Armando

Kessler, Gabriel. El sentimiento de inseguridad: sociología del temor al delito. Buenos Aires: Siglo XXI

Editores; 2009, 288 p.

Revista Estudios Socio-Jurídicos, vol. 15, núm. 1, enero-junio, 2013, pp. 167-176

Universidad del Rosario

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=73328080007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

DIEGO ARMANDO VARILA CAJAMARCA*
Universidad Nacional de Colombia-Sede Bogotá

En su libro *El sentimiento de inseguridad: sociología del temor al delito*, Gabriel Kessler –doctor en Sociología de la École des Hautes Études en Sciences Sociales y profesor en el Área de Sociología de la Universidad Nacional de General Sarmiento– investiga con detalle el fenómeno del delito en el área urbana de la Argentina actual, con especial énfasis en Buenos Aires. Su texto, fruto del trabajo como investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, no es uno más que se suma a la larga lista de las explicaciones cuantitativas del fenómeno delictivo. Su aproximación a un asunto poco tratado por la sociología –los sentimientos– lo convierte en un sugerente llamado de atención para entender el problema en sus múltiples facetas.

Kessler realiza este llamado, especialmente, de tres formas. En primer lugar, reconoce la validez e importancia que las encuestas y los estudios cuantitativos tienen para acercarse al delito, no para brindar soluciones globalizantes que lo enmarquen en un cúmulo delimitado de variables abstractas de la realidad, sino, más bien, desde el uso de las estadísticas como punto de partida y no como un fin en sí mismas, permitiendo encontrar una serie de aristas para abordar el tema. En segundo lugar, al centrar su interés en el ‘sentimiento’, no limita su investigación al delito. Es un estudio sobre la ‘inseguridad’ y su percepción en Argentina, con lo cual estas aristas iniciales se complementan con el trabajo de campo –entrevistas– que efectuó el autor a lo largo de seis años y que le otorgan un amplio capital de investigación para discutir los resultados cuantitativos de las encuestas.

* Historiador y candidato a magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia-Sede Bogotá. Correo electrónico: davarilac@unal.edu.co

En tercer lugar, el texto dialoga constantemente con otras publicaciones alrededor del mundo, no con el fin de entender el delito en el marco de una sociedad globalizada con referentes compartidos. En cambio, este diálogo permanente con las referencias externas le permite entender las particularidades que caracterizan el caso argentino.

El primer capítulo, “Temor, razón y emoción”, atraviesa la historia del miedo en la humanidad para revisar las distintas respuestas que se han generado ante el delito en distintos contextos. La sensación de control es vital para comprender este recorrido, pues a los temores externos (la noche, animales peligrosos...) se sumó en la modernidad la introducción de sociedades de control, donde se configuraron nuevos referentes –internos o externos– de un ‘otro’ peligroso, quien debía ser sometido o eliminado. Posteriormente, en el siglo XX, el delito se concibió como una enfermedad que afectaba el cuerpo social. El miedo a los desmanes de la clase obrera, aminorado a medida que sus condiciones mejoraban, se transformó en temor por una clase revolucionaria organizada.

Se reconoce, entonces, en los trabajos clásicos sobre el tema del miedo, un problema social de fondo, aunque las respuestas a esta situación, integración social o castigo, no incluyen, según el autor, las preocupaciones por el sentimiento de inseguridad.

Adicionalmente, la emergencia en la última mitad del siglo XX del estudio sobre el delito estuvo acompañada de transformaciones semánticas: primero, el uso diferenciado de un término concreto para distinguir la seguridad, como hecho objetivo, de la sensación subjetiva. Segundo, el cambio en el uso de la palabra ‘seguridad’ al de su opuesto ‘inseguridad’, para representar no solo el grado negativo de la primera, sino la sensación de amenaza e insatisfacción frente a ciertas demandas sociales. De esta forma, ‘el miedo al delito’ se convirtió en un asunto social medible que ocupó un lugar significativo en la agenda política de distintos países.

La criminología y la sociología del delito se convirtieron en los campos por antonomasia para su estudio, disciplinas con las que el autor dialoga y, a su vez, se sitúa a cierta distancia. Con la primera, comparte el intento de relacionar el delito y el temor, así como la diferenciación en tres dimensiones –política, cognitiva y emocional–. Con el segundo, coincide en la necesidad de comprender la trama que da sentido a la inseguridad en un momento histórico preciso y las consecuencias políticas que esto trae. De

ahí que el ‘sentimiento de inseguridad’, es decir, el entramado de representaciones, emociones y acciones, sea el foco conceptual que guía la obra, al ampliar la restringida respuesta emocional a la percepción de los símbolos vinculados al delito, definido por la criminología como ‘miedo al crimen’. La ventaja con este enfoque es que, al acercarse a un problema subjetivo como los sentimientos, los estudia en su contexto de producción y no como un elemento prediscursivo del hecho social, rechazando la oposición clásica entre razón y emoción. Al entender las emociones como parte de una representación de la sociedad, en lugar de intentar una generalización, Kessler logra comprenderlas de manera singularizada.

En “El sentimiento de inseguridad en la Argentina”, el autor pretende mostrar que, tras la preocupación y el temor, existe cierta lógica que posibilita encontrar la racionalidad entre temor y delito. Para ello, se apoya en el concepto de ‘victimización indirecta’, es decir que, cuando en una sociedad se presentan una gran cantidad de víctimas y la circulación de estos hechos tiene un eco mayor, más personas se consideran en peligro potencial. Como señala Kessler, una mirada a la historia reciente del sentimiento de inseguridad debe abandonar la mirada retrospectiva, porque el objeto que se persigue –un sentimiento– no es fácil de aprehender y hace parte de las sensaciones coyunturales que con el tiempo se olvidan.

El soporte metodológico para este capítulo se centra en el uso de las encuestas de opinión y las representaciones mediáticas del delito, a fin de observar en cada período a qué se temía, quiénes temían y encontrar sus continuidades y discontinuidades, más allá de señalar un rompimiento abrupto del paso de la seguridad a la inseguridad.

El primer período corresponde a la ‘Herencia maldita’ –la vuelta a la democracia hasta la superinflación de 1989– y referencia la sospecha del delito asociado al legado de la dictadura, escondida a menudo en instituciones de seguridad. El delito no parecía ocupar un lugar preponderante entre las preocupaciones públicas, a diferencia, por ejemplo, del temor a un nuevo golpe militar y la consecuente pérdida de la democracia. Esto no quiere decir que no existiese la inquietud por el delito, pero se presentaba en su mayoría en sectores bajos y mujeres, que carecían del apoyo mediático para ponerlo en la agenda nacional.

La segunda etapa, marcada por la cuestión social y su relación directa con lo delictivo, se abre paso a nivel nacional y en la esfera pública luego

de la hiperinflación. Una narrativa especial sobre 'la inseguridad' se configura como categoría y descripción de la realidad, apoyada por informes institucionales. A diferencia de los países centrales, en Argentina la crisis social tuvo correlación directa con el crecimiento de la delincuencia, apoyada por una mayor difusión del delincuente en los medios de circulación local y nacional, cuya figura abandonó su caracterización 'monstruosa y anormal', para ser tratada con un lenguaje menos sensacionalista. El temor a las clases bajas se revitalizó, no por su condición de asalariados, sino precisamente por no serlo. Ahora la masa amorfa se transforma en individuos peligrosos, incluidos los menores de edad. Como consecuencia de la inserción cada vez mayor de la 'inseguridad' en la agenda nacional, la respuesta oficial, en manos de la Policía, se hizo más fuerte, y la impunidad ligada al poder se mostró como otra cara del delito. La debacle social y económica impulsó, como en la primera fase, el fin de este período.

Finalmente, la tercera fase, desde 2003 hasta 2009, legitima el discurso de la inseguridad en el plano nacional y lo convierte en el tema de mayor relevancia, superando incluso el desempleo en una economía que se recuperaba lentamente. La pugna por la 'veracidad' de la representación que los medios hacen del delito es palpable y se instaura una lucha por el reflejo de la realidad en la prensa. La victimización de la sociedad aumenta, pero se presta más atención a los delitos vinculados con sectores influyentes, quienes generan menos movilización. Una vez instalada la inseguridad en la nación y en los medios, nuevas facetas forman parte de este asunto, como los accidentes viales que deslegitiman el pequeño delito, asociado, con intención o no, a las clases populares.

La historia reciente del delito le permite mostrar al autor que el *boom* del temor a él en años recientes tiene un bagaje de varias décadas ligado al declive de la cuestión social, aunque es expresado por los encuestados como una aparición repentina, pues los límites de la memoria lo contraponen a un pasado glorioso. A mi juicio, la periodización construida por Kessler, con inicios y finales claros, no depende del todo de la agenda política o del cambio de presidentes. Al contrario, el creciente aumento del delito como representación tiene una relación directa con la situación social argentina en los últimos años.

El tercer capítulo se interesa por los relatos sobre la inseguridad, entendidos como construcciones discursivas coherentes con las descripciones, explicaciones y acciones encaminadas para evitarla. Las respuestas aportadas por los entrevistados dan cuenta de una pluralidad de hechos y soluciones para la inseguridad y los distintos matices que se presentan en una sociedad ante un problema específico. Estos relatos se dividen según el grado de preocupación que expresan: intenso, intermedio y bajo.

Dos posturas marcan la preocupación intensa: la pugna ideológica en la que es visible la lucha entre la izquierda, representada por la dirigencia actual del gobierno, y la derecha, cuya respuesta al delito prima por la destrucción del otro. Lo llamativo en este relato es el método utilizado: el foro *online* de un periódico de circulación nacional, en el que no se conocen los perfiles de los foristas. El mundo plagado de peligros corresponde a otro discurso en este sentido, en el cual todo aquello que está fuera del círculo más íntimo genera inseguridad y las respuestas cotidianas de protección, en cualquier clase social, se limitan a llevar a cabo sus actividades en el refugio que ofrece el hogar. En corolario, las narrativas intensas se sitúan en la defensa individual, pues las políticas punitivas, que celebran, no pueden acabar con todos los peligros.

Los relatos de preocupación intermedia reconocen la inseguridad como un problema social importante, pero que no altera significativamente el modo de vida o la cotidianidad. Distintas entrevistas están en ese nivel. Por un lado, la expresión de la extrema derecha por un control punitivo certero y medidas de control que incluyen la escuela y el servicio militar. Por otro, el recurso a la crisis social, la estigmatización hacia grupos poblacionales de escasos recursos, considerados como potenciales victimarios y, finalmente, la falta de ejercicio del Estado, especialmente en el terreno jurídico, por la actividad lenta y tímida de la justicia y la poca aplicación de la ley.

Los relatos de menor intensidad presentan un cuestionamiento a la inseguridad –desde sectores medios de centro-izquierda– que ponen en tela de juicio el problema como pilar de la preocupación nacional, pues, más allá del pequeño delito, se sugiere un ataque frontal a los grupos delictivos confabulados con el poder y los miembros de la seguridad oficial. Así mismo, la negación del temor se presenta especialmente en barrios

pobres, donde es casi una costumbre vivir con el delito, por lo cual se crea una ‘coraza’ que no afecta su vida.

Estos relatos exponen una diversidad de soluciones al problema, que tienden a moverse desde lo estrictamente punitivo, como la pena de muerte, hasta las acciones totalmente individuales. Para el autor, un rango medio parece mostrar la necesidad de contemplar las causas estructurales de la crisis social junto a una aplicación más efectiva de la ley que, paulatinamente, incrementa las medidas disciplinarias. Ese es el rumbo que, de acuerdo con Kessler, puede tomar el control del delito en Argentina.

El cuarto capítulo, “Las paradojas de la inseguridad revisitadas”, analiza los ejes sobre los cuales se estructuró el campo de estudio del miedo al crimen, en los cuales son constantes las paradojas al tratar un tema tan subjetivo con métodos cuantitativos, que pretenden convertirlos en objetos medibles. Para ello, Kessler retoma las categorías de edad, sexo, victimización y clase, con el propósito de entender las diferentes configuraciones en el sentimiento de inseguridad y revisar la literatura sobre el tema, para compararla, controvertirla y ampliarla con su evidencia empírica basada en entrevistas.

El enfoque que denomina ‘distanciamiento y proximidad’ juega un papel fundamental en este apartado, ya que le permite entender la forma en que el sentimiento de inseguridad se incrementa con la percepción de cercanía física y social con la amenaza. Así, evalúa y compara la seguridad a escalas barriales, locales y nacionales. Para Kessler, la vulnerabilidad al delito se asocia a una conjunción de factores socioeconómicos y ecológicos, dentro de los cuales la clase o nivel socioeconómico intervienen, y la pregunta del autor radica en conocer de qué forma lo hace. Kessler afirma que la experiencia de clase opera en la recepción de los delitos en los medios, al poner el problema en la agenda nacional, pero prestando mayor atención al estrato socioeconómico de la víctima, aunque no es claro que esto signifique necesariamente un incremento de la sensación de inseguridad en el total de la población, pues la apropiación de la información también está mediada por la experiencia de cada uno de los estratos.

Con respecto a los sexos, la definición de inseguridad se presenta de distinta manera, pues al explorar un sentimiento la carga emocional es inevitable y los roles de género crean códigos para expresar el temor

de formas distintas. Las mujeres suelen ser más explícitas, al contrario de los hombres, quienes aparentan mayor control de sus sentimientos y los manifiestan menos en las entrevistas. Si bien el autor matiza esto último, enunciando que con el tiempo se amplía la emotividad masculina, no desarrolla con profundidad las implicaciones que tiene la interiorización de valores claramente asociados con un deber ser de hombres y mujeres en la percepción de la seguridad y la delincuencia.

La paradoja de la victimización entraña un aspecto subjetivo y su impacto es medido por el tipo de delito sufrido, con violencia manifiesta o potencial. Esto influye, en primer lugar, en un incremento del temor, de la desconfianza, y en una eventual redefinición de la situación subjetiva de victimización. En segundo lugar, marca una experiencia aprendida que brinda un margen de autogestión. En tercer y último lugar, produce una relación entre victimización e incremento de medidas punitivas radicales, en las que la ideología previa por lo general no cambia luego de sufrir un evento delictivo.

La cuarta paradoja es la edad y replantea la contradicción tradicional de un menor temor juvenil que, para el autor, estaría atravesando un cambio en Buenos Aires, debido al posicionamiento de la inseguridad como un tema nacional, que extiende la sensación de miedo de los hombres adultos a los jóvenes.

Para Kessler, estas cuatro categorías nodales para explicar la intensidad del temor (clase, sexo, victimización y edad) deben ser consideradas en su dimensión específica de experiencia significativa, y, de esa forma, rescatar las diferencias en los sentimientos de inseguridad que no son visibles desde los análisis cuantitativos.

El quinto capítulo se centra en la 'gestión de inseguridad', es decir, aquellas acciones defensivas ligadas al mercado de la seguridad y el incremento de servicios que pretenden brindar la sensación de control sobre las amenazas, para lograr un punto de equilibrio entre precaución y cotidianidad. Dos cuestiones son fundamentales aquí: la evaluación del peligro en el entorno y la posibilidad de acceder a los nuevos dispositivos de seguridad, con las subsecuentes consecuencias de esta incorporación en el paisaje urbano y el impacto sobre la cotidianidad de esos dispositivos.

El alcance a los aparatos genera maneras distintas de gestionar la inseguridad. En los sectores medios-bajos, existe una suerte de trabajo individual

para ‘decodificar’ la conducta personal y, en ciertas partes del mercado, la interacción entre cliente y comerciante es una suerte de transferencia anónima en la que el contacto personal es limitado y la gestión de la inseguridad se convierte en la capacidad para leer las señales de peligro. En las clases dedicadas al comercio medio-alto, la estrategia reside menos en la persona y más en dispositivos y relaciones que lo protegen.

Respecto a la cotidianidad, es clave cómo la capacidad adaptativa tiende a aumentar la noción de seguridad, pero, cuando la rutina diaria se ve afectada, se produce un efecto mayor de inseguridad. La gestión de la inseguridad modifica las relaciones entre padres e hijos, pues la necesaria movilidad en la ciudad crea dudas sobre cómo implementar estrategias en los jóvenes que les permita desplazarse y no abandonar el espacio público, lo cual desencadena consecuencias en su sociabilidad. De igual manera, la gestión se da también en el manejo de los sentimientos, vistos como una negociación interpersonal para regular las distancias con los otros y desarmar un potencial peligro, apoyándose en el conocimiento local de quienes se consideran posibles victimarios.

Ciertamente, la gestión de la inseguridad abarca una gama amplia de acciones y dispositivos que vinculan el mercado y la subjetividad, volviendo más complejos los intercambios económicos y sociales, dependiendo de las representaciones del delito.

Por último, el sexto capítulo se interroga por los aportes que surgen del estudio de la inseguridad en tres centros urbanos del país: un pequeño pueblo de la Provincia de Buenos Aires y la ciudad a 20 kilómetros de ese lugar, Córdoba y Posadas, y centra la investigación en dos sitios diferenciados espacialmente en ellas: las urbanizaciones privadas y los complejos habitacionales. Con ello, Kessler plantea una crítica a las aseveraciones de la inseguridad como un problema público nacional, comparando lo que él denomina ‘culturas locales de seguridad’.

En el caso de las ciudades pequeñas, el autor resalta el sentimiento de tranquilidad, lo cual lleva a cuestionar la representatividad que la ‘ola’ violenta nacional puede tener en lugares donde su impacto es mucho menor. En el caso de Posadas, parece encontrarse una diferencia fundamental con Buenos Aires: la idea de inseguridad que para la capital comprendía la aleatoriedad y deslocalización en esta ciudad parece no hacer parte de la argumentación sobre el delito, pues se relaciona con espacios específicos

y sectores particulares de la ciudad. Posadas ofrece una característica clave, es una ciudad fronteriza y, en este caso, el límite territorial opera como otro elemento en la configuración local sobre la inseguridad. Así, aunque en muchos aspectos Posadas revela resultados similares a los de Buenos Aires, el constante uso de la dictadura como detonante de la inseguridad y la pérdida paulatina de lazos solidarios comunitarios se perfilan como las grandes diferencias entre estos casos. La definición de inseguridad para Buenos Aires parecería no adecuarse al caso de dicha ciudad y los rasgos ausentes hacen un llamado de atención sobre la extensión del análisis a otros lugares.

Para concluir, *El sentimiento de inseguridad: sociología del temor al delito* de Gabriel Kessler aborda de manera minuciosa el delito en Argentina con énfasis en los sentimientos y la percepción subjetiva de los habitantes de Buenos Aires, lo que le permite mantener un diálogo permanente con la literatura extranjera sobre el fenómeno y cuestionar, a su vez, las generalizaciones devenidas de los datos estadísticos. El autor incorpora las categorías de sexo, clase y edad en el análisis y manifiesta las transformaciones tanto en el espacio como en la cotidianidad que se derivan de las emociones producidas por la inseguridad como tema público. Así mismo, Kessler logra evitar moldear todo el territorio argentino a los fenómenos ocurridos en la capital, comparando las percepciones bonaerenses con provincias donde priman las particularidades locales en la concepción del delito, sus fuentes y maneras de solucionarlo.

Sin embargo, habría que resaltar la ausencia de un análisis detenido sobre el papel del Estado como factor determinante de tales sentimientos, pues la inseguridad también permite generar mecanismos de control y su aceptación en la población de forma voluntaria y no como una imposición policiva. En ese sentido, pese a que se enuncia una periodización del sentimiento de inseguridad marcada por etapas políticas de la reciente historia argentina, no se devela la construcción oficial de delitos y sujetos peligrosos, que puede decir mucho sobre la mediación del gobierno en las relaciones sociales.

De igual manera, si bien el autor desnaturaliza los sentimientos como hechos prediscursivos de la sociedad, no hace lo mismo con las categorías de clase o género, y, en el caso de esta última, asume una percepción esencialmente diferente de hombres y mujeres respecto a la inseguridad. Con-

templar los recientes cuestionamientos a la univocidad de dichos conceptos como cualidades claramente distinguibles de los sujetos podría hacer aún más interesante su estudio, aunque su investigación constituye un evidente aporte para la interacción necesaria entre lo cualitativo y cuantitativo, vital para futuros académicos.